



VIVIR LOS SEIS

Aprendiendo a vivir como misionero todos los días

Dion Garret

Amnesia del estacionamiento

Lo llamo “amnesia del estacionamiento”. Y no me refiero a aquellas ocasiones en que uno piensa que le han robado el automóvil en el centro comercial, cuando en realidad lo está buscando en el estacionamiento equivocado. Para eso tengo otro nombre. No, con esta expresión me refiero a algo diferente. Quizás a usted también le haya sucedido.

Es más o menos así: uno sale de la iglesia un domingo después de haber tenido una mañana fantástica pero en cuanto llega al auto, todo lo vivido apenas unos momentos antes parece haberse esfumado como por arte de magia. No importa cuán hermosa fuera la música, cuán elocuente fuera el predicador, cuán íntima haya sido la conexión con Dios, hay algo misterioso —hasta diría perverso— que sucede en el corto trayecto desde la iglesia hasta el auto que hace todo parezca desvanecerse.

Piensa en que hay que preparar el almuerzo, los niños se pelean, todavía tiene que hacer muchas cosas para estar pronto para comenzar la nueva semana. La nube de serenidad e inspiración que le envolvía hacía apenas unos momentos de pronto es remplazada por un torbellino de estrés, pánico y monotonía. Se acabó la iglesia, bienvenido de nuevo a la vida normal.

Pero, ¿acaso el ser cristiano no significa algo más que disfrutar una hora sagrada cada domingo? ¿Será que la asistencia a la iglesia es lo único que nos distingue del cada vez mayor número de personas de nuestras comunidades que no pertenecen a ninguna? ¿Por supuesto que no!

Muchos cristianos oran *antes* y *después* de cada comida, lo cual es sorprendente. ¿Es esa nuestra idea de vida cristiana *ejemplar*? Quizás usted hace todo lo posible por ser cuidadoso en su manera de hablar, vive de acuerdo a un código moral riguroso, y trata a la gente con respeto. ¿Es eso lo que Jesús quiso decir cuando dijo: “Y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”? (ver Hechos 1:8b). Lo dudo.

¿Será que no hay algo más? ¿No debería haber algo más?

Más que un solo día

Imagine por un momento el trabajo de sus sueños. Ahora dígalos en voz alta. Quizás sea el trabajo que ya tiene. Si es así, ¡felicidades! Pero si no, imagine que se encuentra en una fiesta con una multitud de extraños y que, cuando le preguntan lo inevitable: “¿En qué trabaja?”, les dice que tiene el trabajo de sus sueños. ¿Cómo sería?

Sigamos pensando. ¿Qué tiene ese trabajo que lo hace tan especial? ¿El salario? ¿La flexibilidad? ¿La posibilidad de viajar? ¿Una mayor libertad? ¿Reputación? ¿Reconocimiento?

Dejando de lado lo que paga sus cuentas, a usted se le dio, mejor aún, se le confió, el trabajo más importante de la tierra. Es mejor que dirigir la empresa más famosa del mundo. Es mejor que ser el presidente de los Estados Unidos, aunque ese es un trabajo que nunca quisiera tener. Este otro trabajo es mejor que ser Superman y salvar al mundo. ¡Este trabajo tiene todo lo que uno puede anhelar: prestigio, impacto, un gran jefe, y recompensas eternas!

Pero, lamentablemente, pocos de nosotros aceptamos este increíble empleo porque exige algo con lo que no nos sentimos cómodos: exige que lo realicemos *más que un solo día*. Correcto: para hacer este trabajo, uno tiene que estar dispuesto a trabajar durante más tiempo que tan sólo los domingos. Los cristianos nos hemos entrenado tanto para equiparar nuestra vida cristiana con ir a la iglesia el domingo, que fallamos completamente en el *verdadero* trabajo que Dios nos ha confiado desde el día de nuestro bautismo. Efesios 2: 4-9 explica:

“Pero Dios, cuya misericordia es abundante, por el gran amor con que nos amó, nos dio vida junto con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados (la gracia de Dios los ha salvado), y también junto con él nos resucitó, y asimismo nos sentó al lado de Cristo Jesús en los lugares celestiales, para mostrar en los tiempos venideros las abundantes riquezas de su gracia y su bondad para con nosotros en Cristo Jesús. Ciertamente la gracia de Dios los ha salvado por medio de la fe. Ésta no nació de ustedes, sino que es un don de Dios; ni es resultado de las obras, para que nadie se vanaglorie.”

Justo antes de esta sección el autor, Pablo, habló sobre cómo estábamos muertos debido a nuestros pecados. Es cierto que nuestros corazones todavía laten y seguimos respirando, pero estamos muertos en lo que respecta a nuestra relación con Dios por causa de nuestra naturaleza pecaminosa. Pero en estos versículos él describe cómo Jesús cambió todo eso. Ahora lea esos versículos de arriba otra vez. Léalos una y otra vez hasta que sienta que los entiende. En esas palabras hay una verdad que cambia la vida.

Pablo nos dice que no importa quiénes seamos, en qué trabajemos, o lo que hayamos hecho en el pasado—porque gracias a que Jesús murió y resucitó, tenemos una vida nueva. Y no por algo que nosotros hayamos hecho, sino porque Dios es un Dios asombroso, generoso y amoroso que se deleita en hacer que los muertos vuelvan a la vida. Pablo hablaba de esto con pasión, porque él lo experimentó en su propia vida. En un tiempo él fue una persona desastrosa. Desde afuera se veía exitoso, sólido y devoto, pero por dentro estaba lleno de ira y orgullo. Se dedicaba a arrestar a los seguidores de Jesús, e incluso hizo matar a algunos de ellos. Pero Jesús cambió todo eso saliéndole a su encuentro y dándole una nueva vida, una vida que no merecía.

Efesios 2:8-9 es uno de los textos más claros de la Escritura que dice que nosotros no podemos hacer NADA para ganarnos el favor de Dios, ¡que nuestra nueva vida es un REGALO! Pero muchos de nosotros, aunque hayamos escuchado muchas veces estas palabras, a menudo olvidamos el siguiente versículo—el extremadamente importante versículo 10:

“Nosotros somos hechura suya; hemos sido creados en Cristo Jesús para realizar buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que vivamos de acuerdo con ellas.”

¿Escuchó eso? ¡En Jesucristo, usted vive nuevamente! En él usted es salvado, renace, no para poder ir a la iglesia, no para poder ir al cielo un día. Bueno, *también* para eso, pero lo que Pablo entendió es que ¡nacemos nuevamente para *hacer buenas obras*! Usted es (re)creado para eso. Esa es la razón por la cual Jesús le salvó. Es la razón por la cual él pasó por todo el sufrimiento de la cruz y su milagrosa resurrección. Y aquí es donde esto cobra importancia: hasta que usted no empiece a hacer aquello para lo cual fue CREADO, ¡no se sentirá bien!

Mi padre fue carpintero. Por lo tanto, aunque no soy particularmente hábil, tengo un impresionante juego de herramientas. Esto es tanto una bendición, como una maldición. Mi esposa ve todas esas herramientas en nuestro garaje y piensa que soy capaz de hacer todas las cosas que quiere que haga en la casa, pero la realidad es diferente. Así es que escucho con atención cuando ella describe lo que quiere que se haga, y luego espero hasta que mi padre venga de visita. Debo decir que no existen mayores inconvenientes con tener un padre que es hábil, excepto por un pequeño detalle: para todos los proyectos que empezamos juntos, él insiste en que yo compre alguna nueva herramienta. Su mantra es: “Debes tener la herramienta correcta para el trabajo”. Eso está bien si uno es carpintero y con eso se gana la vida, pero lo que significa para mí es que tengo un garaje lleno de herramientas que he utilizado sólo una vez.

Ahora, ocasionalmente intento hacer algo por mí mismo, pero me niego a comprar alguna herramienta especial para eso. Eso significa que una vez por poco no me saco un ojo, otra vez estuve muy cerca de cortarme una mano, y he tenido muchas heridas menores. Supongo que mi padre tiene razón: “Debes tener la herramienta correcta para el trabajo”. ¿El punto? ¡Haciendo a un lado la ingenuidad (y la austeridad), siempre es mejor—y más seguro—usar las cosas para lo que están hechas! ¡Lo mismo se aplica a usted! **Hasta que usted no se tome en serio el hecho de que fue creado en Cristo Jesús para hacer buenas obras, su vida siempre estará mal. ¡Incluso puede llegar a ser peligrosa!**

Su nuevo trabajo

Tal vez en este punto usted está sintiendo que, para hacer aquello para lo cual fue creado, se requerirá algo drástico. Algunos de ustedes, esposos, están incluso pensando en la siguiente conversación con sus esposas:

Usted dice: “Querida, ya entiendo, fui creado para ser escritor deportivo. ¡Voy a renunciar a mi trabajo!” Ella dice... bueno, ella probablemente no dirá nada, ¡pero usted va a querer eludirla!

O tal vez está teniendo visiones de vender todo lo que tiene para poder mudarse a un país en desarrollo para convertirse en la próxima Madre Teresa. ¡No tan rápido! Hacer aquello para lo cual fue creado en Cristo Jesús sí puede involucrar un cambio dramático en lo que usted hace para ganarse la vida o donde vive—pero no tiene que ser así necesariamente. Aquí hay una distinción importante: estamos hablando del trabajo más importante en la vida, pero no necesariamente de su carrera.

Algunos de ustedes están pensando: ‘*Fantástico! Entonces, ¿ahora debo tener DOS empleos? ¿Cómo se supone que tenga tiempo para hacerlo?*’ Sin embargo, no es tan así. Para explicar lo que significa *Vivir los Seis*, debemos entender una enseñanza clave de la Biblia: **el sacerdocio**.

Para los israelitas (el pueblo de Dios del Antiguo Testamento) *el sacerdocio* comenzó con Moisés. Después de que los israelitas fueran liberados de cientos de años de vivir como esclavos en Egipto, su líder Moisés los sacó al desierto para presentárselos a su Dios y enseñarles una nueva forma de vida. Una vez más, observe el patrón que vemos repetido en todas las Escrituras: Dios rescata a su pueblo de las cosas malas, pero también los rescata para cosas nuevas—una nueva clase de vida. Después que los israelitas salen de manera segura de Egipto, Dios le dice a Moisés que les dé el siguiente mensaje: “...toda la tierra me pertenece. Ustedes serán para mí un reino de sacerdotes y un pueblo santo” (Éxodo 19:5b-6a). ¿Va entendiendo? El plan de Dios es darle trabajos realmente importantes a este pueblo que acaba de rescatar. Los va a convertir en un reino de sacerdotes. Pero, ¿qué significa eso?

Un *sacerdote* es un mediador, incluso un embajador. Los sacerdotes tienen el sagrado privilegio de estar entre Dios y los hombres. Son quienes representan a Dios ante el pueblo que no lo conoce, y a la vez representan al pueblo ante Dios. Fíjese qué cambio: un día los israelitas son esclavos que fabrican ladrillos de barro para el insaciable programa de construcción del faraón egipcio, y al día siguiente son invitados al sagrado oficio del sacerdocio, en el cual:

1. representan al Dios Altísimo, haciendo conocer sus caminos a un mundo que le pertenece pero no lo conoce, y
2. abogarán por las preocupaciones y necesidades de las personas que están a su alrededor, llevando esas cosas al trono de Dios.

¿Puede pensar en un honor más grande? Según sigue la historia, Moisés alista al pueblo para conocer a su Dios y para ser “investido” para su nuevo trabajo. Ellos se bañan, se cambian sus ropas, y se paran al pie del monte para encontrarse con *el Dios de su rescate* y recibir sus nuevos cargos.

Pero entonces algo sucede, y las cosas no salen como se esperaba. Llega el día de la consagración, y alrededor de la montaña hay truenos, relámpagos y humo, junto con el sonido estruendoso de una trompeta. Si ha escuchado a un estudiante de quinto grado aprendiendo a tocar un instrumento de viento, entenderá a qué me refiero. El pueblo se pone nervioso, y le dicen a Moisés: “Si tú hablas con nosotros, te escucharemos; pero que no hable Dios con nosotros, porque tal vez moriremos” (Éxodo 20:19b). Alguien ha dicho que: “Cuando más poder, más responsabilidad”.

Aparentemente, este nuevo trabajo de sacerdote era más de lo que los israelitas creían que podían hacer. Entonces Moisés aboga y les dice: “No tengan miedo. Dios ha venido a ponerlos a prueba, para que siempre tengan temor de él y no pequen” (Éxodo 20:20b). En otras palabras, les está diciendo ‘miren: yo sé que este nuevo trabajo es un poco abrumador, pero quédense tranquilos. ¡Dios está preparándolos para la increíble responsabilidad que están a punto de asumir!’ Pero el pueblo no quiere saber nada de eso. Al final, convierten a Moisés en su mediador—su sacerdote.

Si bien Dios nunca les permite renunciar al papel de sacerdotes, e incluso establece un “sacerdocio profesional” entre el pueblo, ni la nación como un todo, ni la mayoría de los individuos, tomaron en serio su papel de sacerdotes. Así es que no representaron a Dios ante las otras naciones, ni tampoco llevaron las preocupaciones de su propia nación ante el trono de Dios, sino que siguieron ostentando el título pero no estuvieron a la altura de las funciones del trabajo. Más adelante

aparece Jesús en escena, y su ministerio emocionante y a veces confuso culmina con su propia muerte y resurrección. Cuando eso sucede, al pueblo nuevamente se le hace la invitación al sacerdocio. Fíjese lo que dicen las Escrituras:

“Pero cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

“Jesús se acercó y les dijo: ‘Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, vayan y hagan discípulos en todas las naciones, y bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Enséñenles a cumplir todas las cosas que les he mandado. Y yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.’” (Mateo 28:18-20).

Y también:

“Ustedes no se han acercado a aquel monte que se podía tocar y que ardía en llamas, ni tampoco a la oscuridad, a las tinieblas y a la tempestad, ni al sonido de la trompeta, ni a la voz que hablaba, y que quienes la oyeron rogaban que no les hablara más porque no podían sobrellevar lo que se les ordenaba: ‘Incluso si una bestia toca el monte, será apedreada o atravesada con una lanza’. Lo que se veía era tan terrible, que Moisés dijo: ‘Estoy temblando de miedo’.

Ustedes, por el contrario, se han acercado al monte de Sión, a la celestial Jerusalén, ciudad del Dios vivo, y a una incontable muchedumbre de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios, el Juez de todos, a los espíritus de los justos que han sido hechos perfectos, a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel. Tengan cuidado de no desechar al que habla” (Hebreos 12:18-25a).

Por cientos de años, el pueblo de Dios tuvo sacerdotes que actuaban como intermediarios entre ellos y Dios. Cuando Jesús llega, pone otra vez la oferta sobre la mesa: no sólo nos invita a ser sacerdotes, sino que nos declara que lo somos, lo aceptemos o no.

A esto los teólogos lo llaman *“el sacerdocio de todos los creyentes”*. Algunos de ustedes ya saben esto, y se preguntan por qué no lo dije antes. Es porque a menudo mal entendemos su significado. Este sacerdocio no es algo personal. No se trata sólo de que usted pueda acceder a Dios cuando usted lo necesite o cuando usted esté temeroso, solo, enfermo o estresado. Lo que significa es que ahora usted ha sido llamado a ser sacerdote para el mundo, para:

1. representar a Dios ante un mundo que no lo conoce, y
2. representar las necesidades de un mundo perdido y sufriente ante el trono de Dios.

Si lo ve, es su responsabilidad

Ahora le invito a que se evalúe a sí mismo. Haga un inventario de lo que le preocupa, de las cosas que ocupan sus pensamientos durante el día. Mejor aún, piense en las cosas por las cuales ora. ¿Qué porcentaje de sus oraciones lo dedica a sus necesidades, preocupaciones y problemas, y qué porcentaje lo dedica a las necesidades, preocupaciones y problemas de otras personas? ¿Cincuenta-cincuenta? Estaría mintiendo si dijera que así es conmigo. Probablemente es más un 70/30, ¡o tal vez peor!

Si va a involucrarse en ese increíble llamado que Jesús nos ha confiado de ser sacerdotes, empiece por apropiarse de las necesidades de las personas que le rodean. No se trata de simplemente *prestar atención* a sus necesidades, sino de apropiarse de ellas, o sea, *asumir la responsabilidad* por ellas.

Eso es lo que significa *Vivir los Seis*. En vez de pensar en el domingo como la oportunidad semanal de adorar y servir a Dios, es comenzar a ver cada minuto de cada día como una oportunidad para servir a Dios sirviéndole a las personas que están a su alrededor en nombre de Dios. No se trata de añadir más cosas a su vida, que ya está muy ocupada, sino de vivir la vida con ojos y manos abiertas, allí donde usted ya está.

Por ejemplo, algunos de ustedes toman un café en el mismo lugar todas las mañanas. En lugar de que su objetivo sea entrar y salir tan rápido como sea posible, ¿qué tal si se detienen un poco y miran a las personas que están allí a su alrededor todos los días? ¿Pueden descubrir alguna necesidad insatisfecha? ¿A alguien le serviría tener un sacerdote que abogara por ellos y los ayudara con sus dificultades? ¿Podría ser usted esa persona?

Algunos de ustedes van al gimnasio varios días a la semana a la misma hora. En lugar de lanzarle miradas desagradables a la persona cuyo sudor tienen que limpiar de la máquina que van a utilizar, ¿será que hay alguna manera de llegar a conocerlo para así llevar a cabo su trabajo como sacerdote en ese lugar?

Algunos de ustedes salen a caminar por la misma ruta todas las mañanas. Algunos de ustedes trabajan con las mismas personas todos los días, o llaman a los mismos clientes varias veces en el mismo mes. Quizás van a los mismos restaurantes o bares. Probablemente se sientan con el mismo grupo de personas semana tras semana mientras los hijos o nietos juegan algún deporte. En lugar de enterrar la cara en el teléfono, o de sólo conversar con personas que ya conoce, ¿es posible que a alguna de las personas que están a su alrededor les sirva la asistencia de un fiel sacerdote de Dios?

Vivir los Seis no tiene que ver con hacer cambios dramáticos en la vida, sino **con invitar a Dios a ser parte de la vida que usted ya está viviendo**, y con encontrar maneras de servirle sirviendo las necesidades de las personas que están a su alrededor.

Asuma el reto. Comience a llevar con usted un cuaderno. Varias veces al día (o una vez si tiene buena memoria), registre las personas con las cuales ha estado en contacto y las necesidades que ha visto. Si no puede ver ninguna de sus necesidades todavía, no entre en pánico, simplemente trabaje para profundizar la relación. Un amigo mío tiene el hábito de preguntarle a los servidores de los restaurantes si hay algo que necesiten que incluya en su oración previa a las comidas. Él no ora en ese momento con ellos—probablemente eso les parecería raro—pero les promete orar por sus necesidades ese día. Usted no tiene que usar ese método, pero sí puede comenzar a tomar nota de las personas que Dios pone a su alrededor.

Tengo otro amigo que es una de esas personas frente a las cuales la gente parece no poder evitar abrirse. A los pocos momentos de haber conocido a alguien, ¡ya le están revelando sus secretos! Yo no tengo ese efecto sobre las personas, así que lo estudio a él, tratando de descubrir cómo lo hace. Trato de actuar más como yo mismo. La idea aquí es encontrar a alguien que sabe cómo conectarse con los demás, y aprender de él o ella para comenzar a descubrir las necesidades de las personas que están a su alrededor. Usted no está donde está por accidente. Quienes le rodean necesitan un mediador. Quizás no lo sepan, pero necesitan desesperadamente a Jesús y, hasta que no lo conozcan personalmente, necesitan un sacerdote que pueda acceder a la ayuda del Dios Trino para los desafíos de sus vidas.

Necesitan a alguien que pueda aclararles el concepto de Dios, porque éste todavía está borroso. Usted no tiene que ser un evangelista ni tiene que tener una solución para todas las dificultades o problemas. De hecho, una vez que empiece a hacer esto puede encontrarse inundado de necesidades—tantas, que quizás hasta se sienta abrumado con sólo tratar de orar por todas ellas. No desespere. Simplemente póngase a disposición. Usted es la persona que Dios ha puesto allí para realizar su trabajo sacerdotal. ¡Deje que Dios lo sorprenda con lo que puede hacer a través suyo!

Soy un ávido bebedor de café. He tratado de dejarlo muchas veces, pero pienso que estoy genéticamente predispuesto al café, así es que, si está en los genes, ¿qué se puede hacer? De todas formas, he aprendido a utilizar ese placer culpable en una oportunidad para *ver y apropiarme* de las necesidades de las personas que trabajan en mis cafés favoritos. Hace unos años, en mi café preferido había un grupo que llegué a conocer por nombre de pila. Charlábamos con regularidad, y siempre me quedaba un rato más para tratar de conectarme con ellos. Después de tener una amistad bien establecida, alguien me invitó a hablar en una caminata local relacionada con el cáncer. La noche de la caminata, cuando me estaba preparando para subir a la plataforma, vi a una de mis amigas del café: estaba sobre la plataforma leyendo un poema que había escrito sobre la pérdida de una persona por causa del cáncer. La siguiente vez que estuve en el café me le acerqué y le pregunté qué historia había detrás de ese poema. Me dijo que se trataba de su esposo. Nunca se me habría ocurrido que esa joven fuera viuda de una víctima del cáncer. A partir de ese momento comencé a orar por ella, y Dios empezó a despertar en mí un sentimiento de responsabilidad por ella y sus necesidades.

Un día, después de tomarme mi café, le pregunté cómo estaba. Me dijo que estaba bien, pero en su semblante pude ver que tenía cargas. Le pregunté cómo estaba realmente y me dijo que después de la muerte de su esposo su situación económica había cambiado mucho, por lo que tenía que mudarse a una casa más pequeña. Sin siquiera pensarlo le pregunté si necesitaba ayuda. Le aseguré que conocía mucha gente joven y de espalda fuerte para facilitar el trabajo. Amablemente rechazó mi ayuda, pero no me sentí satisfecho. Antes de irme, le di mi dirección de correo electrónico y le dije que si las cosas cambiaban y necesitaba ayuda que me lo hiciera saber, y yo vería qué podía hacer.

Todo esto era totalmente extraño para mí. Yo detesto mudarme. Me he mudado seis veces en mi vida adulta y he odiado cada una de esas veces, por lo que también detesto ayudar a otras personas a mudarse. Además, tengo una lista

interminable de proyectos que esperan ser terminados en mi propia casa; no necesito más. Mi manera normal de manejar eso sería escuchar su historia, y pensar: ¿no sería maravilloso que alguien reuniera un montón de personas para ayudarlo? Me encogería de hombros, y continuaría con mi propia vida. Pero esta vez sentí una obligación, como si fuera mi trabajo ayudar, así que tenía que hacerle el ofrecimiento.

Unos pocos días después me sorprendió recibir un correo electrónico de ella diciendo que odiaba pedirme ayuda pero que estaba en una situación realmente difícil y que desesperadamente necesitaba asistencia con la mudanza. Les envié un correo electrónico a unas cuantas personas maravillosas y confiables explicándoles la situación y, para el momento de la mudanza, se aparecieron en su casa unas 30 personas. Hicimos todo en medio día. Ella estaba completamente abrumada con tanta efusión, y también lo estaban todas las personas que ayudaron. Lo mejor es que ella no asiste a la iglesia, pero ese día vio de manera poderosa lo que significa ser el cuerpo de Cristo. Desde ese día en adelante me convertí en su amigo. Aunque fue un gesto relativamente pequeño, sigue siendo una de las cosas más significativas para las cuales Dios me ha utilizado.

¿Se imagina lo que Dios puede hacer a través suyo si comienza a mirar de manera diferente los lugares donde vive, trabaja, compra y pasa su tiempo libre? ¿Qué pasaría si usted empezara a ver esos lugares como su *campo de misión*? ¿Qué sucedería si viera las necesidades a su alrededor y ya no esperara y orara para que otra persona hiciera algo? ¿Qué pasaría si caminara en fe y supliera esas necesidades como un sacerdote de Dios?

Encontrar puntos en común

Otro principio importante para aprender a *Vivir los Seis*, es encontrar puntos en común. Nadie se va a sincerar con alguien arrogante. Por la razón que sea, esto es algo bastante difícil para los cristianos. Lo que quiero decir es que tendemos a exasperarnos cuando quienes no son cristianos actúan de manera equivocada. Nuestra compasión no es nuestro lado más fuerte. Jesús tenía una idea diferente sobre cómo acercarse a las personas. En Lucas 10:3-9, Jesús envía a 72 personas como sacerdotes, para que hagan las cosas que él les había hecho. Cuando les da las instrucciones finales, les dice cómo encontrar puntos en común:

“Pónganse en camino. Pero tengan en cuenta que yo los envío como a corderos en medio de lobos. No lleven bolsa, ni alforja, ni calzado; ni se detengan en el camino a saludar a nadie. En cualquier casa adonde entren, antes que nada digan: ‘Paz a esta casa.’ Si allí hay gente de paz, la paz de ustedes reposará sobre esa gente; de lo contrario, la paz volverá a ustedes. Quédense en esa misma casa, y coman y beban lo que les den, porque el obrero es digno de su salario. No vayan de casa en casa. En cualquier ciudad donde entren, y los reciban, coman lo que les ofrezcan. Sanen a los enfermos que allí haya, y díganles: ‘El reino de Dios se ha acercado a ustedes.’”

Jesús les da instrucciones muy específicas. Primero, les dice: “No lleven bolsa, ni alforja, ni calzado”. Luego: “Quédense en esa misma casa, y coman y beban lo que les den”. Parece que está diciendo que cuando los discípulos avancen, no deben preocuparse por las cosas que necesitan, ya que la gente cuidará de ellos en el camino, lo que parece un poco al revés. Ellos van a servir, no a *ser servidos*, ¿verdad? Sí, pero el servir a otros requiere que uno se ponga en una posición de humildad. A veces en mi vida puede ser más fácil hablar sobre lo que creo, que preguntarle a otros sobre lo que creen y aprender de ellos. Es más fácil para mí ir y ofrecerles ayuda a otros, que pedir ayuda. Es más fácil alimentar a la gente con las comidas que yo preparé, que comer su comida. Pero el mensaje del evangelio siempre tiene una posición de humildad y no de arrogancia. A veces para encontrar punto en común, uno tiene que empezar en un lugar de necesidad común.

¿Qué tipo de persona es usted? ¿El que hace que otros se sientan incluidos, o insignificantes? No se equivoque: aunque hacer a otros sentirse insignificantes puede hacerle sentirse grande, son las personas que hacen que otros se sientan *incluidos* las que gobiernan el mundo—para bien o para mal. Piense en Jesús. Él vino al mundo *en carne*, aunque podría haber tomado cualquier forma que quisiera. Podría haber venido como lo describe el libro de Apocalipsis, con cabello como lana y ojos como centellas y con lengua de espada. Pero ¿cómo escogió Jesús manifestar su presencia? Curiosamente, no fue como un ser terrorífico sino como un bebé, el humilde hijo de un carpintero. Lea los pasajes sobre su vida, y verá cómo logró que las personas se le abrieran: porque siempre asumió una posición de humildad. Y así se ganó el corazón de todo tipo de personas: religiosas y no religiosas, ricas y pobres, y no sólo porque él tuviera la verdad, sino también por la manera en que presentó la verdad.

Examine su enfoque. ¿Se siente cómodo con su habilidad para encontrar puntos en común, o necesita practicar más?

No va a ser fácil

Hay algo que necesita saber desde el principio: cuando empiece a *Vivir los Seis* va a ser mucho más difícil de lo que usted piensa. Es claro que también será gratificante y significativo. Pero no va a ser fácil. Para aceptar verdaderamente su identidad sacerdotal y *Vivir los Seis*, va a tener que enfrentarse con unas cuantas verdades.

1. **La persona quebrantada está quebrantada.** No se sorprenda por las cosas que esas personas hacen, ni se asombre cuando hagan malas elecciones. En 1 Corintios 5 el mismo apóstol Pablo reconoce que los cristianos no deben esperar que los no cristianos le pongan atención a las enseñanzas de Jesús.
2. **Vivir los Seis lleva más tiempo y cuesta más de lo que se estima.** Al igual que hacer una remodelación en su cocina, cuando usted comienza a servir a las personas necesitadas, el costo siempre será más alto y tomará mucho más tiempo de lo que originalmente planeó. ¿Por qué? Vuelva al punto 1.
3. **El éxito no está garantizado.** Jesús contó una parábola sobre un agricultor que siembra semillas en diferentes tipos de tierra. En esa historia, la mayoría de esas semillas nunca se convierten en plantas fructíferas, lo cual es un poco deprimente. Cuando usted *Vive los Seis* puede encontrarse luchando por una causa, por una relación, por el destino eterno de alguien, y debe saber que es posible que no gane. Puede fracasar. Pero eso no es una excusa para sentarse y no hacer nada. El punto de la parábola de Jesús no es animar a los agricultores a que dejen sus arados y vayan a ocuparse de sus ovejas. El mensaje es que salgan y esparzan más semillas, y le dejen la productividad a Dios.
4. **Las personas no van a entender.** Hay veces en que, cuando usted de veras se compromete con su sacerdocio, su familia y amigos quizás no compartan o estén de acuerdo con usted. Le dirán cosas como que se está preocupando o involucrando demasiado por los demás, etc. Y es que el servicio al que Jesús nos llamó es difícil de comprender para quienes no son cristianos. Ellos no van a estar de acuerdo ni a aceptarlo, así como tampoco están de acuerdo ni aceptan a Jesús. Por lo tanto, si va a poner en práctica su vocación de sacerdocio en su lugar del mundo, prepárese para ser malentendido—con regularidad.

Esta lista no tiene la intención de disuadirlo. La razón clave por la cual *Vivir los Seis* será más difícil y complicado de lo que la mayoría pensamos es que la **gracia es complicada**. Pero si usted está leyendo este folleto, lo más probable es que ya haya descubierto de una manera muy personal que, aunque sea complicada, la gracia es hermosa. Fue complicado que Jesús viniera a la tierra, viviera y muriera para salvar a las personas que se volvieron contra él. Pero valió la pena. Cuando adopte este llamado de *Vivir los Seis*, y lo viva día tras día, sin duda será complicado. Pero le aseguro que valdrá la pena.

¿Para qué lo hacemos?

Si puede decir: “Mi propósito en esta vida es usar todo lo que tengo y soy para servir a Dios sirviendo a los demás como sacerdote de Dios—*dondequiera* me encuentre”, entonces está en camino a *Vivir los Seis*. Pero, por favor, ¡entienda para qué lo hace! No se trata de servirle a Dios por *el bien de él*. Es como alguien dijo alguna vez: “Dios no necesita sus buenas obras, ¡pero tu prójimo sí!” Si va a *Vivir los Seis*, que sea por el bien del mundo herido y separado de Dios que está a su alrededor, y también por su *propio* bien, porque usted fue creado para hacerlo. Y, como mencioné antes, hasta que no comience a hacer aquello para lo cual fue re-creado, no se sentirá bien.

No se trata de “tener que hacerlo”, sino de “ponerse a hacerlo”. El Dios del universo, su creador que le ha salvado a través de Jesucristo, y lo ha hecho una nueva criatura, le dice: “Quiero darte el privilegio de hacer el trabajo más importante del mundo. Quiero que seas mi embajador, mi representante, mi sacerdote... allí donde te he plantado, para que sirvas a los demás en mi Nombre.

Es cierto que a veces Dios llama a algunas personas a hacer cosas drásticas. Pero a la mayoría Dios **no** nos llama a vivir una vida drásticamente diferente. *Vivir los Seis* **no** tiene que ver con vivir una vida totalmente diferente, sino con lo que Dios quiere hacer dentro de la vida que uno ya está viviendo. Es un *estilo de vida*, no una *lista* de cosas para hacer. Es lo que va sucediendo *en el camino*, a medida que uno va viviendo.

Cuando usted comienza a asumir este llamado y privilegio sagrado, hasta cambiará la forma en que ve esa “hora el domingo”. Los domingos ya no serán la expresión de su vida cristiana, sino que su vida cristiana será la que vive entre

domingos. Las mañanas del domingo se convertirán en un respiro sagrado donde recibe el perdón, el ánimo y la fuerza de Jesús para vivir como su sacerdote los siguientes seis días. Si no me cree, simplemente pruebe y deje que comience la transformación.

¡Salga, y Viva los Seis!

12 Ideas prácticas para comenzar

Además de las ideas ya mencionadas, a continuación hay algunas otras cosas que usted puede hacer para *Vivir los Seis* en su vida diaria.

1. Aprenda los nombres de las personas con las que se cruza cada día: los vendedores de las tiendas, el personal que limpia su edificio, los cajeros, etc. Exprese interés en ellos como personas. Pregúnteles cómo van sus vidas.
2. Adquiera el hábito de preguntarle a las personas que están a su alrededor si hay algo que les gustaría que incluyera en sus oraciones. Cuando le contesten, anote la preocupación. Eso le ayudará a hacer seguimiento y les demostrará que habla en serio.
3. Cuando prepare una comida para su familia, haga el doble de la receta. Lleve la segunda porción a un vecino, un amigo o alguien que esté atravesando dificultades.
4. Recoja la basura en el parque local o en su vecindario. Reúna algunos vecinos y utilicen sus propias bolsas para basura.
5. Sirva de voluntario en un banco comunitario de comida, como familia o con un grupo de amigos.
6. Lleve una planta o flores a los residentes de un hogar de ancianos. Invierta 15 minutos visitándolos. Pregúnteles si puede orar por ellos.
7. Ofrezca cuidar a los hijos de sus vecinos (sin costo), para que ellos puedan salir como pareja. Exprese su deseo de verlos fortalecerse como matrimonio.
8. Conviértase en el “núcleo” social de su barrio. Haga un esfuerzo para conocer a sus vecinos por nombre. Programe algunos eventos sociales durante el año. Piense en cosas sencillas como preparar postres alrededor de una hoguera, asados en el barrio donde cada uno lleva su propia carne, etc. La mayoría de las personas quiere conocer mejor a sus vecinos; simplemente no tienen el tiempo ni la confianza para hacerlo realidad.
9. Si está en una posición de liderazgo voluntario en algún club u organización, o si sirve como entrenador, encuentre maneras de usar su puesto para mostrar interés y preocupación personal por las personas que lidera. Averigüe sobre sus familias y sus seres queridos. Dígales que orará por cualquier reto o dificultad que tengan.
10. Invite a sus amigos y vecinos que no asisten a la iglesia a ver con usted la película controversial de moda. Después del cine, vayan a comer postres o alguna bebida y busque maneras naturales de introducir su fe en la conversación.
11. Planee un viaje misionero a un centro urbano y haga contacto con alguna agencia cristiana allí.
12. Acérquese a su gobierno y pregunte si hay algo que pueda hacer para servirle o para servir a su comunidad. Lo mismo se aplica a la policía local y el departamento de bomberos.



© 2014 CPTLN - Revisión 2019
Todos los derechos reservados

Sentido Latino es un programa de Lutheran Hour Ministries,
un ministerio cristiano mundial cuya misión es
Llevar a Cristo a las naciones y las naciones a la iglesia.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la Biblia Reina Valera Contemporánea,
Copyright © 2009, 2011 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso.

660 Mason Ridge Center Dr., St. Louis, Missouri 63141-8557
1-800-972-5442 • www.lhm.org • 6BS28-SL